

EL MANOLO DEL "PLANETA"

MANUEL CAMPO VIDAL

HAY una treintena de tipos apretujados al otro lado de la mesa sobre la que tomo notas: está allí un ex preso político que no logra olvidar el inigualable placer carcelario de los carajillos de colonia y un ex chaval de los barrios viejos de Barcelona que tiene fija la imagen de su madre y de las vecinas cuando cantaban al "extranjero alto y rubio como la cerveza" de "Tatuaje"; diviso allí a don Sixto Cámara y también a Luis Dávila, hay un poeta al que acompaña un novelista, un especialista en política internacional y otro en estados de la cuestión, en particular los que son cuestión de estado; está allí la distinguida baronesa D'Orcy y el manelet del Cul Estret; a su lado, el padre de "Por favor" y un buen amigo del fiero "Hermano Lobo". Todavía se puede distinguir a un insaciable prologuista, a Manolo V. el Empeinado, a un antiguo redactor de "Hogares Modernos" en la época Fraga y a un prolífico autor anónimo de centenares de voces de todas las enciclopedias contemporáneas, aunque él crea que lo de "prolífico" hay que dejarlo para los conejos. Entremezclado con todos ellos hay un comunista peligroso, falta el jefe del agente Pepe Carvalho y hasta el último Premio Planeta. Hay más de una treintena de tipos apretujados al otro lado de la mesa del pequeño despacho en el que conversamos sólo dos personas, Manolo y un servidor, amigo y alumno suyo con carácter vitalicio. Es Manuel Vázquez Montalbán el que toma la palabra como portavoz elegido por unanimidad de toda esa muchedumbre.

—Me temo que la batalla del público lector esté perdida, porque la base lectora se formó en los años veinte y debía consolidarse en los treinta, pero en España la guerra lo impidió y ahora, cuando se trata de recorrer el camino

que otros países ya cubrieron, resulta que existe una gran ofensiva de la cultura de la imagen con la que hay que competir.

—Pero aun así, se escribe, se publica, se vende y hasta se premia. Aunque se diga que los premios están muy desprestigiados.

—Los premios están muy desprestigiados, sí, pero resulta que ganas un premio y es como si te pusieras una chaqueta de carisma. El desprestigio de los premios es también una convención. He ganado el Premio Planeta con la novela "Al Sur", y con ello lo que he ganado en realidad es un desahogo de audiencia y un estatus de escritor que pienso instrumentalizar literariamente. Es decir: que con el importe del premio no pienso invertir en telefónicas.

—¿En qué, pues?

—En ganar tiempo, en comprarlo. Escribir novela no es lo mismo que escribir poesía o ensayo, y para ello o se cuenta con el tiempo necesario o sólo se puede acometer el trabajo si se dispone del heroísmo vital que se tiene hasta los treinta años.

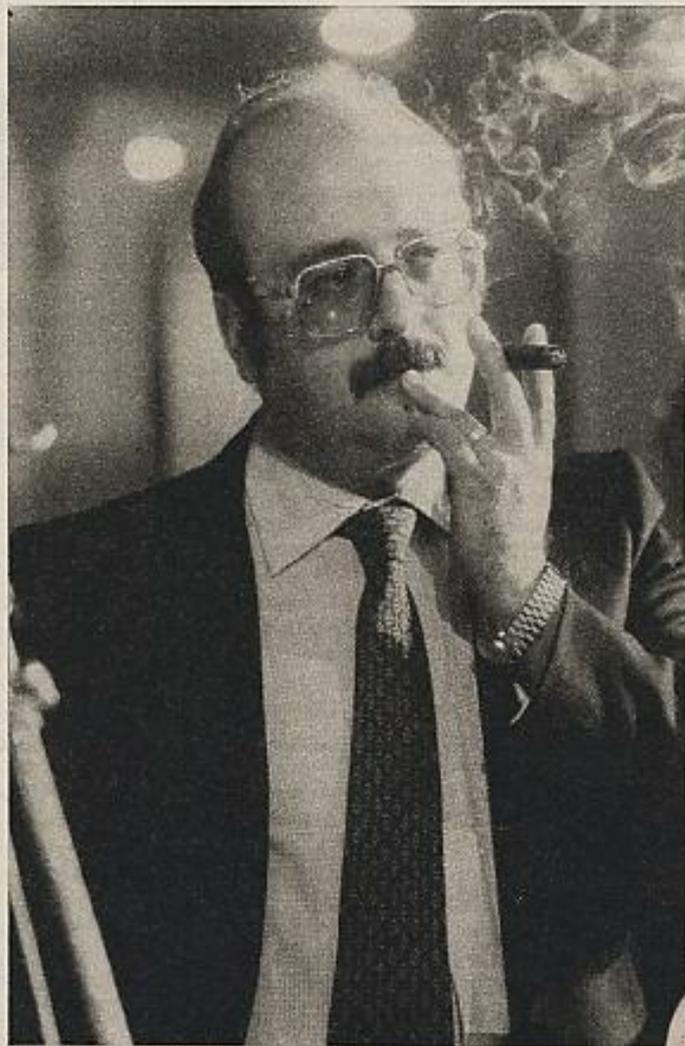
"Escribir novela siempre ha sido mi gran objetivo, que no había podido acometer por la dificultad que impone la práctica periodística y la necesidad de actuar como intelectual de urgencia. Ahora me encuentro en plena madurez expresiva y el premio me permitirá adquirir ese precioso tiempo imprescindible. Estoy escribiendo una novela que casi en su totalidad discurre en París. Bien, pues la podré escribir sobre el terreno. Y lo mismo si decido escribir otra que pasa por Bangkok.

—Si horas antes de fallarse el último Premio Planeta se hubiese realizado una encuesta entre el público lector, seguramente hubiese ganado la figura de Manolo Vázquez, ensayista sobre la de novelista.

—Pero yo no soy un en-

sayista. No escribo propiamente ensayo, sino que actúo más como agitador cultural. Junto a eso no puedo prescindir del periodismo como medio más relajado. Es mi oficio, mi instrumento de realización, mi contacto cotidiano y directo con el público.

terminaron dieciocho meses de condena. En el paquete de la ropa no había sólo ropa y útiles de aseo. Salían también de la cárcel dos libros de poesía que no se publicarían hasta el 67, llevaba también el manuscrito de "Informe sobre la información", herra-



"Me temo que la batalla del público lector esté perdida".

EL OTOÑO

Es una tarde de otoño cuando conversamos en un despacho semioscuro. La memoria de Manolo Vázquez acepta volver a otra tarde otoñal de 1963 cuando se abrieron las puertas de la prisión-granja de Lérida y

mienta imprescindible después en todas las escuelas de periodismo. De haber rebuscado entonces entre aquellos papeles se hubiese hallado también muchos relatos que después aparecerían en "Recordando a Dardo" y también el embrión de "Coplas a la muerte de mi tía Daniela".



"Los premios están muy desprestigiados, pero resulta que ganas uno y es como si te pusieras una chaqueta de carisma". (Manuel Vázquez, entre Tarradellas y el editor Lara, en la noche del Planeta).

Vendría después el primer trabajo, recortando periódicos extranjeros para la Enciclopedia Larouse, que es donde conoce a Lara.

—Sí. Mi primer instrumento de trabajo fueron las tijeras, aunque antes de la detención ya había cubierto guardias nocturnas en el diario "Solidaridad Nacional". Trabajaba para la Enciclopedia Larouse y conocí a Lara. Como se trata de un hombre muy agrícola, tiene la misma asequebilidad que cualquier campesino andaluz. Es, ciertamente, un hombre que conserva muchos elementos de personaje popular y se hace asequeable.

"Después vendría la redacción de voces para todo tipo de enciclopedias, los años de "Hogares modernos", la fugaz experiencia de Siglo XX y más tarde TRIUNFO. "Recordando a Darde", escrita en el 64, no vería la luz hasta el 69 y después del mayo del 68 nacería "Manifiesto subnormal".

"Manifiesto subnormal" arranca de la frustración que a todos nos produjo el mayo francés. Es la primera reflexión sobre la importancia de la izquierda para transformar la realidad, algo así como la elegía fúnebre al asalto del Palacio de Invierno.

Luego desarrollaría más ese tema en otras obras, has-

ta culminar con "Cuestiones marxistas", una novela que pasó inadvertida y que en Barcelona no se le dedicó ni una sola crítica. Dejando aparte los cuatro libros de poesía que pienso que tienen gran coherencia entre sí, de la narrativa distingo dos bloques: uno de ellos arranca con "Manifiesto subnormal" y culminaría con "Cuestiones marxistas", que es una novela sobre los cuatro hermanos Marx, es decir, Groucho, Chico, Harpo y, naturalmente, Carlos. El otro bloque arranca con "Yo maté a Kennedy", allí aparece Pepe Carvalho, personaje que luego concretó más en "Tatuaje".

—¿Y "Crónica sentimental de España"?

—Ahí intentó dar una salida a la mala educación sentimental de la gente de mi edad que ahora está entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco. A pesar de que se escribe en tiempos de censura, se refleja ahí el engaño de la información. Por primera vez la gente veía en "Crónica sentimental de España" reflejadas sus propias huellas, sus propias raíces, en un primer intento de desmitificación del franquismo, aunque con unas coordenadas necesariamente posibilistas. La reacción fue extraordinaria. Me escribió desde un agregado cultural en una Embajada asiática

hasta un tramoyista de Madrid, pasando por un notario de Santander.

En el olvido de la bibliografía apresurada de los que sólo conocen un Manolo Vázquez Montalbán puede quedar "La soledad del manager", "Los demonios familiares de Franco", "Movimientos sin éxito", "A la sombra de las muchachas en flor", "Happy End", "La vía chilena al golpe de Estado", "El libro gris de Televisión Española", "El cancionero general" o "La palabra libre en la ciudad libre". Y ahora, a los mares del Sur, tema de un premio al que precedió el diálogo de un hombre con su novela.

—Acabé la novela "Al Sur" y recuerdo que la tenía encima de la mesa. Entonces se produjo una situación física muy curiosa. Algo así como, ¿y ahora qué hago contigo? Si la publico como otras, me dije, será lo de siempre; en cambio, si doy un golpe de este tipo daré una proyección mayor a toda mi obra, así que inventé un seudónimo y la envié a Planeta. Durante el tiempo de espera ni siquiera mantuve con los Lara un contacto que debía tener por otras cuestiones. No quería que se creyera que podía presionar, ni quería tampoco que me desanimasen. Después, el día del fallo, me llamó por la tarde un periodista y me pro-

puso hacerme dos entrevistas, una como finalista y otra como ganador, para publicar al día siguiente la que se correspondiera con el fallo del Jurado. Me negué en redondo hasta que todo estuvo claro.

LA NOCHE

Cuando el Jurado pronunció su nombre como ganador, el director de un periódico barcelonés situado en primera fila le negó un aplauso si quiera convencional, mientras no podía reprimir su desagrado. Y es que Manolo Vázquez, además, es un rojo, ni optimista, ni pesimista, porque esas dos categorías son insuficientes para un marxista que trata de aplicar lucidez al análisis de la realidad. Es un rojo que reconoce que la Historia progresa, aunque los ritmos históricos no se producen como todos los habíamos esperado.

Unos segundos después de que el Jurado pronunciase su nombre, en algún periódico de Barcelona surgirían los aislados sarpullidos de la pequeña envidia provinciana. Mientras, el novelista intercambiaba con el presidente de la Generalitat, Josep Tarradellas, un diálogo sobre corbatas y sobre el vino servido en la cena.

—Garanticé a Tarradellas que me puse corbata porque sabía que él iba a estar presente y le aseguré con toda sinceridad que era mucho mejor el vino que se servía en su casa de Saint Martin-Le Beau. Se puso muy contento.

"Horas después llegarían los telegramas de Santiago Carrillo y del ministro de Cultura, las llamadas de Jesús Aguirre, de Gregorio López Raimundo, de Raimon y de Gutiérrez Díaz...

—La verdad es que me han animado mucho porque tenía un cierto miedo a que no fuese correctamente interpretado.

Manolo Vázquez escribirá a partir de ahora para el gran público, un público que se le antoja fascinante porque le resulta desconocido y al que tal vez nunca conocerá.

—Es que llegas a la conclusión de que ni los amigos te leen, porque te conocen tanto, que ya no se fían de ti. ■